

Dudoso estoy si cante
 Cuando á tus oraciones
 Temblaba como á trueno el aposento,
 Ó si trate adelante
 De las negras legiones
 Que al Infierno venciste sobre el viento;
 Ó si es de más momento
 Que de tu firma maravillas tantas
 Cuente de ciento en ciento,
 Ó que sobre ti mismo te levantas;
 Ó diré las mercedes que en tu pecho
 La Trinidad beatísima (1) te ha hecho;
 Mas esto quiere tiempo y voces santas.
 Que del fuego de Dios eres esfera
 Cantaré, si esto puede voz alguna,
 Cuyas llamas te encienden (2) de manera,
 Que ardes dentro de l'agua en la laguna.
 Lo que has profetizado
 Callaré por agora,
 Los milagros que obraste en tu gobierno,
 Y que un desesperado (3),
 Con mano vencedora,
 Le quitaste á la Muerte y al Infierno;
 Que por el aire tierno
 Cerco de luz brotaba (4) de tus sienes,
 Ó resplandor interno
 Del Sol, del nombre que en la mano tienes (5),
 Y que cuando Lucina es importuna,
 Defendiendo á los niños cielo y cuna,
 Aun antes de nacer gozan tus bienes,
 Y mayores mercedes adelante,
 Paz en la muerte, y tras la paz, la Gloria;

- (1) En el código sevillano, *beatífica*.
 (2) En los códigos granadino y sevillano, *se encienden*.
 (3) En la *Relación*, *Y aunque desesperado*.
 (4) *Ibid.*, *Cercos de luz brotaban*.
 (5) *Ibid.*, *Del claro Sol que de tu mano tienes*.

Porque esto pide trompa, y no discante;
 No breves versos, sino larga historia.
 Nuestra Fe por ti mora
 En la región que guarda
 Lecho al Aurora y monumento (1) al día,
 Por quien, blandiendo agora
 Lauro ó palma gallarda,
 Le renueva en la Gloria tu alegría.
 Tú, que á Alemania fría
 Como espada de fuego te opusiste,
 Tú, que la Compañía
 De Jesús, sancto Ignacio, mereciste,
 Del Cordero que en selvas olorosas
 Se apacienta de lirios y de rosas
 (Selvas (2) donde no llega cosa triste),
 Oye piadoso los devotos ruegos
 Que te enviamos con amor devoto,
 Mientras humea entre dorados fuegos
 En tus recientes aras nuestro voto.
 Canción, que miras con glorioso espanto
 Las nubes inferiores de tu vuelo,
 Muestra el amor que tengo á nuestro Santo,
 Pues con amor nos paga desde el Cielo (3).

AL BEATO PADRE IGNACIO

CANCIÓN

Otra vez en divino fuego envuelto
 Descubre su tesoro el Pirineo,
 Á quien el rico incendio puso nombre;
 Á él corrieron gentes con deseo
 Del metal, que en arroyos iba suelto;
 Que adonde corre el oro vuela el hombre,

- (1) En el código de Sevilla, por evidente yerro, *movimiento*.
 (2) En los códigos sevillano y granadino, *selva*.
 (3) En el código de Sevilla, *nos pagan los de el Cielo*.

Sin que monte le estorbe, mar le asombre.
 Mas el grande tesoro y vena rica,
 Que este monte nos da de sus vertientes,
 Á las últimas gentes
 Su inestimable precio comunica.
 Pasa las mares, al Japón alcanza,
 Al un Indio y al otro da riqueza,
 Al Polaco visita, al Chino alegre,
 La Scitia helada, la Etiopía negra.
 Deste metal recoge la fineza;
 De nueva llama siente la pujanza.
 De las minas de España es gran probanza
 Esta barra, que, en barro mal cubierta,
 El fuego hace acrisolada y cierta.

Ya Ignacio de su fuego el nombre tuvo,
 Y el valor del talento, si tuviera
 El fuego activo: en sus primeros años,
 Careció de calor su primavera.
 Su luciente metal mezclado estuvo
 Con tosca escoria de engañosos daños;
 Mas tu rayo descubre desengaños:
 Tocas del monte la soberbia cima,
 Y resuelto en licor y electro fino,
 Con tu fuego divino,
 Buen Dios, su precio muestra y grande estima.
 Ya corre por España; ya no cabe
 En la Francia; ya Italia dél se llena;
 Ya de la Palestina besa el suelo;
 La mina de oro ya de fuego el cielo
 Con su violencia rompe, cuando suena
 De la oración el trueno y golpe grave.
 La misma Trinidad aquesto sabe,
 Que baja de su alta empírea silla
 Combatida de Ignacio, que se humilla.

Al mundo tuvo con razón suspenso
 El rico ardor y la riqueza ardiente;
 Mas no fué la primera deste monte:

De allí bajó Domingo con creciente
 Tan grande, que nos dió tesoro inmenso,
 Dejando enriquecido el horizonte:
 Que el tesoro de España se trasmonte,
 Buen testigo es Lorenzo, y toda Roma,
 Y el mundo esclarecido con su llama,
 Cuando la dura cama
 De fuego con su fuego rinde y doma.
 ¡Feliz terreno, que aun de brava sierra
 Los yertos riscos borda en Roma y teje
 Con venas de oro ricas y abundantes!
 ¡Cielo pío, que en rayos tremolantes
 Benigno influjo envías, que nos deje
 Ilustre la nación, rica la tierra!
 ¡Fogosas flechas de amorosa guerra,
 Para que suba el sol, aunque pesado,
 Al lugar de do el fuego fué arrojado!

El saltador que en gruta pedregosa,
 Ó en fuente de alabastro sostenida,
 Suspende su cristal con violencia,
 En tal altura esparce la subida
 Cuanto fué la bajada impetuosa,
 Por cierta natural correspondencia.
 De su fuego nos dijo esta sentencia
 El que le trajo al mundo porque ardiese,
 Que una copiosa fuente nacería,
 Y al cielo saltaría,
 En aquel que su gracia recibiese.
 Al mal incendio es agua; al yelo, fuego;
 Saltador que sustenta en alto el peso,
 Pieza que arroja su dorada bala
 Al cielo, ¿cuál ardiente tiro iguala,
 Ignacio, al fuego que te vuela preso,
 Entre tu libertad y tu sosiego?
 Tu luz me ofusca ya, en tu mar me anego;
 Perdido he pie; la vista se me acorta;
 Mal corta el agua quien se ciega y corta.

Tú, por la extraña fuerza que te hizo
 Escalar las estrellas, dar asalto
 Al cielo, y con tu oro batería,
 Dame que de tu mar llegue en un salto
 Á ver cuánto en el cielo satisfizo
 Tu ardimiento, valor y gallardía.
 ¡Ay, Dios, gran premiado de valentía,
 Tu ciudad, de quien dicen grandes cosas,
 Que tiene de oro muros, plaza y suelo
 (Si suelo hay en el cielo),
 Puertas de sendas perlas, de preciosas
 Piedras, aquellos doce estribos fuertes,
 Hace con este oro grande fiesta.
 Pónesle en tu corona por asiento;
 Quieres que tu Vicario muy de intento
 Le asiente en la tiara que trae puesta,
 Y á tu culto y estima nos conviertes:
 Con tales tiros, tan preciosas muertes
 Has hecho, desde el tiempo que bajaste
 El fuego con que el mundo reformaste.
 ¿Qué tierras mira el sol que los trofeos
 De Ignacio no levanten, cudiciosas
 De celebrar sus ínclitas hazañas?
 Cayeron las memorias ambiciosas
 Que Pompeyo asentó en los Pirineos,
 Teniendo por sujetas las Españas;
 Mas éstas en las partes más extrañas
 Vivirán, de aquel fuego sucesoras
 Que ardía siempre en el sagrado pecho,
 Y lucía en el hecho
 Sacando de sus daños sus mejoras.
 Haberse en todo el mundo dilatado
 Colegios, residencias, probaciones,
 Mártires, confesores, catequistas,
 Cuantos nos ponen ya las nuevas listas,
 Cuantas fundadas ven varias naciones,
 ¿De dónde pensaré que ha resultado?

Con las persecuciones han medrado;
 Que el fuego grande con el viento crece
 Y con el fuego el oro resplandece.
 Canción, mal disimulas tu pobreza
 Con todo el oro de que vas cargada;
 Mas el pobre con ropa ajena luce.
 Anda (pues me importunas) confiada;
 Que el fuego puro que te da viveza
 No es ajeno, pues tal amor produce.
 Ofrecer fuego ajeno es peligroso;
 Que el incensario siempre fué precioso.

Á SAN IGNACIO

Al nombre suyo le ha hecho
 Jesús un templo y palacio
 Del pecho de Sant Ignacio:
 Tal, Ignacio, es vuestro pecho.
 Ya, en fuego de Dios deshecho,
 Pagáis tan alta afición,
 Pues al divino halcón
 Que con vuelo soberano
 Se os ha venido á la mano,
 Cebáis con el corazón (1).
 ¡Oh más claro que el topacio!
 Por el gozo que me toca,
 Dejad que llene mi boca
 De vuestro nombre de espacio.
 Sancto Ignacio, Sancto Ignacio,
 Que á la Fe y la Caridad
 Dais un mundo por ciudad,
 Yo os ofrezco el alma mía;

(1) El códice granadino, *en el corazón.*

Que cuanto no es Compañía
Es desierto y soledad (1).

Un Pablo en vuestra persona
Contemplo: tal en la guerra
Os miro tendido en tierra,
En el cerco de Pamplona;
Ya se os labra la corona
Entre esas heridas dos,
Pues ya al mundo olvidáis vos
Al golpe que en vos se ve;
Que es bien se sienta de un pie
Jacob, en mirando á Dios.

Y no fué sin fundamento
El haberos derribado,
Pues os vistéis levantado
Ocho días por el viento.
Fué la humildad el cimiento
Y la caridad el vuelo;
Que es de Dios, sumo consuelo,
Ya condición conocida
Que de una buena caída
Levanta al tercero cielo.

Por medio de la lección
Dios mostró en vos su bondad;
Que os llevó á la soledad
Y allí os habló al corazón.
Ya tratáis de devoción;
Que la lección que leéis
Muy de coro la tenéis:
Ya el corazón os penetra;
Que entró con sangre la letra,
Y así, no la olvidaréis.

Alzóse con afición
Con la cruz de Cristo Andrés;

(1) Esta décima y las tres siguientes faltan así en el código granadino como en el sevillano; pero están en la *Relación de la fiesta que se hizo en Sevilla á la beatificación del glorioso San Ignacio*.

Magdalena, con los pies;
Bernardo, con la pasión;
Gertrudis el corazón
Llevó, y porque más asombre,
Las llagas, un ángel hombre;
Y vos, Ignacio sagrado,
Que á la postre habéis llegado,
Os alzastes con el nombre.

Hurto fué de estimación,
Y aun agora á los cristianos
Que ya os miran á las manos
Les robáis el corazón;
Mas viendo yo ese blasón
Á vuestra puerta, diría:
«Jesús vive aquí y María;
Y el nombre que aquí se enseña
Se lo dan por contraseña
Á toda la Compañía» (1).

La mayor gloria divina
Cien mil veces repetís,
Y á esa gloria á que acudís (2)
Vuestro curso se encamina.
¡Oh vos, de Vizcaya fina
Aguja que nos guiáis,
En esa gloria os tocáis,
Que es de la imán la cabeza,
Y así con tal ligereza
Al Norte lo enderezáis.

Pedro, de quien sois sigundo,
Plantó la fe como cedro,
Y vos, hijo de Sant Pedro,
La trasplantáis á otro mundo.
Vuestro consejo es profundo,
Pues con acuerdo divino,

(1) Esta décima falta en la *Relación de la fiesta*.

(2) En la *Relación, que decís*.

Para tan largo camino
 Tomáis el Norte en la diestra,
 Para salir con la vuestra,
 Como hidalgo vizcaíno.
 Viento en popa, mar bonanza,
 Sulcáis el mar de victoria,
 Á las Indias de la Gloria,
 Cabo de Buena Esperanza;
 Ya la noche no os alcanza
 Con la luz de ese farol,
 Porque sois, santo español,
 Águila que al sol miráis,
 Y á vuestros (1) hijos probáis
 Á los rayos de ese sol.
 Esfera del soberano
 Fuego sois, pues hace arder
 Al seráfico Javier
 La firma de vuestra mano.
 Con ella se abrasa ufano;
 Que Ignacio es *Ignis* ardiente (2);
 Y Javier (3), que arder se siente,
 Aparta el vestido della,
 Y con sola (4) esta centella
 Puso fuego á todo Oriente.
 Milagros hicistes cuantos
 Convertistes corazones,
 Y vuestras constituciones
 Son otros milagros tantos.
 ¡Oh ilustre santo entre santos!
 Vuestros milagros hoy día
 Ya han vencido á la porfía,
 Y agora tantos hacéis

(1) En la *Relación*, *Y vuestros*.

(2) *Ibid.*, *Porque Ignacio es fuego ardiente*.

(3) En el código granadino, sin la conjunción.

(4) En el sevillano, *solo*.

Cuantos hijos vos tenéis (1)
 En toda la Compañía.
 No hay poblados, no hay desiertos,
 Ignacio, que no hayan visto
 Que dais, en virtud de Cristo,
 Pies á cojos, vida á muertos.
 Por vos, los ojos abiertos,
 Las colores conoció
 El ciego que nunca vió,
 Y aquel que primero vía
 Volvió á ver la luz del día,
 Que por vos le amaneció.
 Pero ¿de qué enfermedad
 No llevaréis, sancto, palma,
 Si enfermedades del alma
 Hallan en vos sanidad?
 Publiquen esta verdad
 Nuestro bien y la experiencia,
 Pues la más mala conciencia
 Á quien vuestra mano toca
 Le hacéis echar por la boca
 El mal, con la penitencia (2).
 Ninguno el ánimo enfrene;
 Qué no os piden gloria en vano,
 Pues tenéis de vuestra mano
 Al que de su mano os tiene.
 Viene Ignacio y Jesús viene,
 Padre, compañero y guía;
 Pues ninguno se desvía
 Del otro, por su interés,
 Ya podremos decir que es
 Jesús de la Compañía (3).

(1) En el código sevillano, *hoy tenéis*.

(2) En los códigos sevillano y granadino, *por* la penitencia.

(3) En la *Relación*, de esta manera:

Padre y compañero y guía,
 Y pues que no se desvía
 De Ignacio por su interés,
 Ya podemos decir que es...

¡Oh vos, que seguís las huellas
 Del Cordero con mil almas,
 Blandiendo cetros de palmas
 Por esas regiones bellas!
 Vestís luz, pisáis estrellas;
 ¡Oh Ignacio! á la devoción
 Que os ofrece esta canción (1),
 Inclínad el cetro y luz,
 Y un rayo de ese Jesús
 Le enviad al corazón (2).

Á NUESTRA SEÑORA DE ARCHIDONA

Farol de esta comarca,
 Luz de Archidona,
 Virgen madre de Gracia
 Virgen toda graciosa,
 Tu nido en alto tienes,
 Blanca paloma,
 Tan alto, que parece
 Escala de la gloria.
 Tú del Sol eres madre,
 Rosada Aurora,
 Privilegiado Oriente
 No ultrajado de sombras;
 Países extranjeros
 Tu gracia invocan
 Y tu amor solicitan
 Lejas palmas devotas,
 Donde en saraos y justas
 Almas gloriosas

(1) En el código de Granada, *oración*.

(2) En la *Relación* la poesía acaba en la décima anterior, y ésta, por tanto, falta.

Enristran blancas palmas,
 Calan yelmos de rosas.
 Allí oyes que te llama
 Gente remota,
 Despachas sus gemidos;
 Su llanto en risa tornas.
 Luego, por ver tu casa,
 Ya sin congoja,
 Deslindan los caminos
 Agradecidas tropas,
 Y allá do el Euro bravo
 Vuelca las ondas,
 Le arrebató al piloto
 Tu nombre de la boca;
 Y mientras corajoso
 Los pinos troncha,
 «Virgen de Gracia» suena,
 Y el peregrino votan,
 Respeta el viento el nombre,
 Y en aura sopla,
 Y tus paredes visten
 Tablas y húmida ropa.
 También cuando con saña
 Hierve Belona,
 Bebe la arena sangre,
 Hacen las flechas sombra,
 Entre rayos de plomo,
 Truenos de trompas,
 Quien se arma de tu nombre (1)
 Desprecia las pelotas.
 Por ti los pies atados
 Sus pasos cobran,
 Y á los ojos sin día
 Concedes ver las cosas.
 Defraudas á la muerte
 Varias victorias,

(1) En el código granadino, *á tu nombre*.

Y á los demonios quitas
 Las que hurtaron joyas.
 Por eso tu alabanza
 Las lenguas brotan
 Y en tu casa agradecen
 Los que de gozo lloran.
 Cuando rubias aristas
 Quiebran en ondas,
 El labrador te escoge
 La más lucida copia.
 Para tu humilde casa
 Nápoles borda,
 Teje damasco el China (1),
 Y el Mauritano alfombras.
 ¡Oh Virgen, reina mía,
 Que de mi roca
 Me llamaste á tu casa,
 Á dignidad de escoba!
 Fiesta harán mis versos
 Para memoria,
 Porque no estimo en tanto
 Triunfo y laurel de Roma.

PSALMOS

I

Pregona el firmamento
 Las obras de tus manos,
 Y en mí escribiste un libro de tu ciencia;
 Tierra, mar, fuego, viento
 Publican tu potencia,
 Y todo cuanto veo
 Me dice que te ame

(1) En el código de Granada, el *Chino*.

Y que en tu amor me inflame;
 Mas mayor que mi amor es mi deseo.
 Mejor que yo, Dios mío, lo conoces;
 Sordo estoy á las voces
 Que me dan tus sagradas maravillas
 Llamándome, Señor, á tus amores:
 ¿Quién te enseñó, mi Dios, á hacer flores
 Y en una hoja de entretalles llena
 Bordar lazos con cuatro ó seis labores?
 ¿Quién te enseñó el perfil de la azucena,
 Ó quién la rosa coronada de oro,
 Reina de los olores,
 Y el hermoso decoro
 Que guardan los claveles,
 Reyes de los colores,
 Sobre el botón tendiendo su belleza?
 ¿De qué son tus pinceles,
 Que pintan con tan diestra sutileza
 Las venas de los lirios?
 La luna y el sol, sin resplandor segundo,
 Ojos del cielo, lámparas del mundo (1),
 ¿De dónde los sacaste,
 Y los que el cielo adornan por engaste
 Albos diamantes trémulos?
 ¿Y el que buscando el centro tiene fuego (2)
 Claro desasosiego?
 ¿Y el agua, que, con paso medio humano,
 Busca á los hombres, murmurando en vano
 Que l'alma se le iguale en floja y fría?
 ¿Y el que, animoso, al mar lo vuelve cano,
 No por la edad, por pleitos y porfía,
 Viento hinchado que tormentas cría?
 Y ¿sobre qué pusiste
 La inmensa madre tierra,

(1) En el código de Sevilla, *ojo del cielo y lámpara del mundo*.

(2) ¡Desaforada transposición! Traduzcámosla: «¿Y el fuego, que buscando el centro, tiene...»

Que embraza montes, que provincias viste,
 Que los mares encierra
 Y con armas de arena los resiste?
 ¡Oh altísimo Señor que me hiciste!
 No pasaré adelante:
 Tu poder mismo tus hazañas cante;
 Que, si bien las mirara,
 Sabiamente debiera de estar loco,
 Atónito y pasmado desto poco.
 ¡Ay! tu olor me recrea,
 Sáname tu memoria,
 Mas no me hartaré hasta que vea,
 ¡Oh señor! tu presencia, que es mi gloria.
 ¿En dónde estás, en dónde estás, mi vida?
 ¿Dónde te hallaré? ¿Dónde te escondes?
 Ven, Señor, que mi alma
 De amor está perdida,
 Y Tú no le respondes;
 Desfallece de amor y dice á gritos:
 «¿Dónde le hallaré, que no le veo (1),
 Á Aquel, á Aquel hermoso que deseo?»
 Oigo tu voz y cobro nuevo aliento;
 Mas como no te hallo,
 Derramo mis querellas por el viento.
 ¡Oh amor! ¡Oh Jesús mío!
 ¡Oh vida mía! recibid mi alma,
 Que herida de amores os la envió,
 Envuelta en su querella.
 ¡Allá, Señor, os avenid con ella!

II

Levanta entre gemidos, alma mía,
 El grito afectuoso,
 Pidiendo amor, pues Dios te lo ha mandado,

(1) En el código de Sevilla, lo ambas veces, y no le.

¡Oh mi esperanza, oh gloria, oh mi alegría,
 Oh mi Esposo gentil, oh dulce Esposo,
 Querido mío, amante regalado,
 Más florido que el prado!
 Ven, ven, no tardes; ven, sabroso fuego;
 No tardes: luego luego
 Tu rayo me deshaga;
 Sienta mi corazón la honda llaga
 De tu saeta ardiente.
 El generoso vino, alegremente,
 De tu botillería
 Robó mis ojos de la luz del día;
 Robóme los sentidos
 Y, con gloriosa libertad perdidos,
 Ni yo me hallé en mí, ni en mí está l'alma,
 Que agora pide fuego.
 ¿Cuándo me veré ciego,
 Que Tú veas con mis ojos?
 ¿Cuándo, fuera de Ti, serán abrojos
 Los jazmines de Mayo?
 Rómpeme el pecho con ardiente rayo;
 Anégame y escóndeme en tus llamas;
 Hazme, Señor, contigo un mismo espíritu.
 Amado, amado mío,
 En Ti, Señor, confío:
 ¿Por qué, si el cielo abrasas y la tierra,
 Fuego bravo y suave,
 Dejas mi corazón helado y frío,
 Y, hinchendo (1) las tierras y los cielos,
 Estoy de Ti vacío?
 Tú que los campos vistes
 De ingeniosas libreas,
 De azules violas y dorados lirios,
 Tú que en amor los pájaros recreas
 Y á las chicas hormigas

(1) En el código de Granada, hinchendo.